

## “¡TENGO SED!”

(Jn 19, 28)

*Querido Padre Morales:*

*Ya ha comenzado usted a vivir. Así era como le gustaba llamar a lo que todos llamamos muerte. Y está usted gozando en ese cara a cara con Dios, de lo que ni ojo vio, ni oído oyó, ni el corazón del hombre es capaz de comprender.*

*Padre, ahora que está usted al ladito de la Virgen, cerquita de San José y sumergido en la Trinidad de Dios, le pido en mi nombre y para todos los que lean esta meditación, nos alcance la gracia de vivirla.*

¡Señor Jesús! Desde la soledad de los sagrarios tu corazón nos grita como un día en la cruz: ¡Tengo sed! Y tu lamento nos hiere, porque estás solo. ¿Cómo hemos podido dejarte solo a Ti, que has querido compartir con nosotros tu naturaleza divina y te has hecho hombre para poder disponer de nuestra hechura humana?

Hace años leí en los periódicos, cómo un famoso cantante había gritado a sus “fans” en el Parque de los Príncipes de París: “Estoy solo. Me siento muy solo. ¿No habrá aquí alguien que quiera compartir mi soledad?” Y miles de voces y brazos femeninos se alzaron para estallar ensordecedores como un tormenta: “Yo, yo, yo...”.

Y tú sigues lamentándote de tu soledad, de tu abandono en la Eucaristía y en el corazón humano. Buscas quien te consuele y no lo encuentras... Pero no puede ser cierto, no debemos consentir que lo sea. Desde nuestra pequeñez queremos hacer algo por saciar tu sed. Nos ofrecemos a hacerte compañía. Te entregamos lo único que tenemos nuestro, nuestra nada y toda nuestra miseria. Así te damos el gran gozo de completar lo que falta a tu misericordia.

Y nos ofrecemos a gritar contigo a los otros que nos rodean: A los que no se acercan a ti, porque es tanto el ruido en que viven envueltos que no pueden escuchar tu voz. O a los que escuchándola no la entienden por tener el corazón apesado en criaturas que les encandilan pero que no les llenan. Estamos seguros de que vendrán a ti, si nosotros vamos a ellos desde nuestra miseria.

Crean que no tienen nada que ofrecerte, Dios todopoderoso que lo tienes todo menos sus pecados; todo menos sus miserias. Y eso es lo que pides en tu soledad. Y esa es la sed que te devora en la cruz y te aflige en los sagrarios. Esta es la sed por la que viniste a buscar lo perdido y por la que llevas veinte siglos esperando generación tras generación. Es la misma sed que hace a tu Madre exclamar: “¡Oh vosotros, los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor semejante a mi dolor!”.

No, no grites más. Basta ya, Dios mío. Ten desde ahora todo lo que deseas. Toda la miseria humana la recogemos en nuestras manos y te ofrecemos, desde Adán y Eva hasta el último hombre y mujer de los tiempos. Y te entregamos nuestros labios para gritar contigo: Venid, vosotros los ricos en miserias a colmar la sed de un Dios que muere en soledad ofreciendo misericordia. ¿Quién no tiene algo que ofrecer para saciar la sed de este Jesús, Señor y Dios nuestro, abandonado en la cruz, olvidado en los sagrarios y que en Belén nos abre sus bracitos ofreciéndonos lágrimas de amor no correspondido? Contempladle y escucharéis: “No me importan las miserias, lo que quiero es amor. No me importan las flaquezas, lo que quiero es confianza” .

*Querido Padre Morales: acabo con unas líneas que usted me escribió hace bastantes años y creo que pueden animar a muchos: “Has empezado a bajar a tu nada y esos días en Gredos te habrán venido bien para descubrir que sólo Él es el Único. Pido a la Virgen que sigas descendiendo hasta tocar fondo para vivir cada día más para Él solo, y no dejes de pedir eso mismo para mí y para todos. Sólo si captas tu pequeñez e insignificancia, serás eficaz a la mayor gloria de Dios”.*

*Muchísimas gracias por todo, Padre*

(Diciembre 1994)